

CASA DE LOCOS DE AMOR (a).

A DON LORENZO VÁNDER HÄMMEN Y LEON VICARIO DE JUBILES (b).

DISCURSO.

Una mañana de las de enero, señor don (1) Lorenzo,

(a) En junio de 1627 se imprimieron en Zaragoza (por Pedro Vérges, dedicados á doña María Ana Enriquez, bajo el seudónimo de doña Mirena Riqueza) los *Despiertos sonolientos y verdades soñadas*. Esta obra comprende cuatro discursos: *El sueño de la muerte, del juicio final, del infierno, y La casa de locos de amor*, que salía entonces á pública luz por vez primera.

Don Lorenzo Vánder Hämnen, vicario de Jubiles, preparó la edición, y consagró á don Francisco Jimenez de Urrea, capellan de su majestad. Declale en la dedicatoria: «Remito á vuestra merced esos sueños del amigo, como prometí, y le aseguro se pueden ahora leer sin escrúpulo, porque los he corregido por los originales que en mi librería tengo.»

El vicario de Jubiles confiesa pues solemnemente que el autor de estas obras es DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

Entró á formar parte presente en la colección de Barcelona de 1629; pero no apareció en la de Madrid hecha por don Francisco el mismo año con el título *Juguetes de la niñez y travesuras del ingenio*. Carlos de Labáena reimprimió el discurso en 1631.

Los autores del *Tribunal de la justa venganza*, muy enterados de cuanto al señor de la Torre de Juan Abad pertenecía, dijeron en 1635 que era suya la *Casa de locos de amor*.

Nuestro escritor falleció en 1645. Tres años después facilitaba en Madrid los originales para una nueva publicación de sus escritos, que lleva por título *Enseñanza entretenida y donairoso moralidad, etc.*, el oficial más antiguo de la secretaría del reino de Sicilia don Cristóbal de Salazar Mardones, defensor é ilustrador de Góngora. Y cuando incluyó con notables alteraciones la *Casa de locos de amor* (alteraciones que á toda luz confesaban ser de otra pluma y de otro ingenio), respetó á Quevedo en la propiedad de lo que hasta entonces nadie le disputaba.

Muchos años adelante y en contradicción consigo mismo, se vendió don Lorenzo Vánder Hämnen y Leon á don Nicolas Antonio, en Granada, por verdadero autor del presente opúsculo; y dándole asenso, el bibliófilo sevillano afirmó que no se parecía en lo más mínimo al ingenio y estilo del autor de los Sueños: testimonio respetable que alucinó á muchos, viniendo á ser cuestión lo que por los tiempos y los hechos parecía estar fuera de duda.

Un detenido examen de la *Casa de locos de amor* nos hace formar el siguiente juicio. Está escrita en el hervor de la juventud de QUEVEDO. El asunto se lo pudo sugerir Vánder Hämnen, pero no lo desarrolló. Muerto su amigo, hizo el vicario de Jubiles propia la obra, y ya con pensamientos y rasgos de los Sueños, ya perifrasiando y comentando el texto, aderezó uno á su antojo, que llegó á manos de Salazar Mardones, hombre no nada escrupuloso, y ha servido de modelo á todas las ediciones hechas desde 1648 á 1850.

Tenemos pues dos textos: uno desconocido en vida del señor de la Torre de Juan Abad, pero reimpreso infinitas veces. Otro publicado en su tiempo, mas únicamente en solas tres ocasiones que yo sepa. Este, sin embargo, conceptuamos el legítimo; este conforma en un todo con el precioso MS. de letra de la primera década del siglo XVII que posee la biblioteca Colombina (Aa 141, 4), autorizado con el nombre de QUEVEDO; y este, en fin, damos á nuestros lectores.

No hemos podido valernos de otra impresión que la de Pamplona de 1651. Sacamos al pie, sin advertencia alguna, las alteraciones de la edición de Madrid de 1648, y diferenciamos con la debida expresión las pocas variantes del MS. de la Colombina.

(b) Falta en el MS. Colombino.

(1) Juan, que el frío (MS. Colombino.)

que el frío y la pereza me embargaron el cuerpo en la cama más de lo acostumbrado, (2) consultando un pensamiento amoroso con la almohada (gran maestra de fábricas de viento), me hallé tan lejos de mí como cerca de un desengaño, que se me representó en la idea, de la locura de amor. Parecióme oír aquel verso que Virgilio tomó de Teócrito:

Ah, Corydon, Corydon, quae te dementia cepit? (c).

Y sin ver por dónde fui llevado, me hallé en un prado más deleitoso y ameno que lo suelen mentir poetas de primera tonsura, que cursando los primeros años en las flores de los jardines (3), pasan luego á las Indias por tesoros, con que, según piensan, enriquecen (4) sus pobres papeles (5). Allí vi dos claros arroyos, uno de amargas, otro de dulces aguas, juntarse con tan sonoro murmurio, (6) que lisonjeaban los oídos de los que por su ribera pasaban; y vi que con esta agua templaba amor el oro de sus flechas, según colegí de los oficiales ministros suyos que en esto se ocupaban. Por estas señas pensé que estaba en los celebrados jardines de Chipre; y ya quería buscar aquella memorable colmena de donde salió la abeja que se atrevió á picar al señor Cupido, y dió ocasión á Anacreonte á hacer aquella dulcísima oda. Y no pensaba mal, pues las mismas señas da el Poliziano en su Historia:

*Sentesi un grato mormorio dell'onde,
Che fan duo freschi e lucidi ruscelli,
Versando dolce con amar liquore,
Ove arma l'oro de'suoi strali Amore.*

Mas á esta sazón vi en medio del prado un (7) maravilloso edificio, con una gran portada de fábrica dórica y de excelente artífice labrada. En los pedestales, en las basas, columnas, cornisas, capiteles, arquitraves, frisos y demas partes de que se componía la fachada, estaban mil triunfos de amor imaginados, de medio relieve, que juntamente con muy graciosos brutos-

(2) y allí entre las sábanas solo,

(c) Ecloga II, 69.

(3) y en las vegas, sin ser Lope

(4) sin ser Enriquez,

(5) ya que no pueden á sí mismos ni á sus damas.

(6) y sin murmurar, que eran arroyos muy comedidos, lisonjeaban

(7) excelente edificio con una gran portada, de fábrica dórica, de buen maestro: imaginados mil trofeos de amor en las puertas, que juntamente hacían historia y ornato. Al fin pedestales, basas, columnas, capiteles, architraves, cornija y friso, con triglifos, gotas y melipas, todo tenía misterio de amor. Era bien capaz, y estaba siempre abierta á todos los que por ella querían entrar, que eran infinitos. Tenía encima escrito este rótulo: (MS. Colombino.)

cos hacían historia y ornato, y representaban misterio. Debajo del chapitel, en una bizarra tarjeta, se veían con letras de oro tallados estos versos:

*Casa de locos de amor,
Do al que más sabe de amar
Se le da mejor lugar.*

La variedad de piedras y diversidad de colores de que se componía la hacían vistosa mucho; era bien capaz, y estaban sus puertas abiertas siempre á todos los que por ella querían entrar, que eran infinitos (a). Hacía oficio de portero una mujer de (1) rara hermosura: su rostro era celestial y hechizo de los hombres; su talle airoso, y su cuerpo bien proporcionado, adornado de ricas y costosísimas telas y joyas. Tal al fin era toda, que convidaba á amor y (2) decía su nombre que era Belleza. A ninguno negaba el paso, ni la pedía ninguno más licencia que mirarla. Yo, que no era ciego, aficionado de tan peregrino palacio, con esta licencia me entré también al primer patio, donde hallé infinidad de gente, y á todos tan trocados de lo que ántes fueron (y á mí con ellos), que apenas unos á otros se conocían: los trajes mudados, los rostros melancólicos, penados, pensativos y amarillos (color de que amor viste sus criados). Dijo Ovidio en su *Arte amandi* (b):

Palleat omnis amans: hic est color aptus amanti.

Y Horacio, oda 10, lib. 3:

Nec tinctus violá pallor amanti.

De donde el Camoens, en el canto 9 de sus *Lusiadas* (c):

As violas da cordos amadores.

Allí no se guardaba fe á los amigos, lealtad á los señores ni respeto á los parientes. Las primas se hacían terceras, y estas primas; las criadas señoras, y los señores criados. Casadas vi amigas del más amigo de su marido, y aun maridos muy amigos del más amigo de sus mujeres. Esto estaba yo contemplando cuando por medio de todos atravesó un hombre de extraña forma, lleno de ojos y oídos, y al parecer astuto. Porque no me ganara por la mano, le quise preguntar primero yo quién era y qué hacía allí. A ambas cosas me respondió así: «Mi nombre es Zelos; y muy bien me conocéis vos, porque á no ser así, no estuviérais en este patio. Yo, aunque soy grande parte de acrecentar el número de los enfermos y furiosos que aquí hay, soy loquero, y sirvo de castigarlos, no de curarlos; que ántes suelo acrecentarles el mal (3). Si queréis saber más de las cosas desta casa, no me lo preguntéis á mí, que por milagro digo verdad, porque dejo de ser quien soy en diciéndola. Soy gran invencionero, y contáros he mil mentiras. Aquel venerable anciano que allí se pasea muy aprieta es el administrador; él os informará (bien que á la larga) largamente de todo lo que quisiéredes.» Con esto me dejó, y sin más detenerme llegué al viejo (4), y conocí ser

(a) Falta este período en el MS. Colombino.

(1) maravilloso rostro, gentil cuerpo, bien compuestos miembros, tan adornada de ropas, y tal, que toda ella convidaba á amar y estaba diciendo su nombre que era Belleza. (MS.)

(2) respeto (que mujer pobremente vestida es como moneda falsa, que no pasa si no es de noche; y como la espada, que solo desnuda puede matar): su nombre decía que era

(b) Lib. I, 751.

(c) Octava LXXI.

(3) y como cuchilladas de vestidos, que descubren el aforro del honor, no sin infamia de muchos.

(4) Con su barba tan larga, que podía servir de limpiadera, an-

el Tiempo. Pedíle (5) me mostrase los cuartos de aquel palacio, que quería, como forastero, ver algunos locos mis compañeros. Mas porque, según me dijo, andaba curando los enfermos (6), desde adonde estaba me los mostró, me dió licencia y me dejó ir solo.

Y apenas salí de aquel primer patio (donde los locos andaban barajados, y sin que se pudiese distinguir del manjar que era cada uno), cuando el primer cuarto que encontré era el de las doncellas (7); porque en lo más fuerte de la casa estaban las mujeres (8), como (9) locos más furiosos, aprisionadas. Estaba en él una llorando de celos de una soltera, otra quitando á un galán sin osárselo decir; otra escribiendo un papel con mil reverses, y con tantos tuerfos como renglones (10); otra pidiendo una música á su amante, que es lo mismo que pedir dijese en la vecindad la pretendida (11); otra le estaba diciendo al suyo que era suya, pero que ni pretendiese más della ni quisiese á otra: él decía que lo haría así, y ella lo creía. Unas querían casarse por amar, y otras á hombres casados (esas estaban apartadas con los incurables) (12). Otras tenían requiebros, que (13) llaman por las ventanas y quicios de puertas. Estas no eran locas, sino inocentes. Aquí no me atreví á detenerme mucho, porque corre un hombre riesgo entre esta gente; y el que más bien libra suele salir condenado á casamiento, que es tomar un arrepentimiento de por vida; y cuando esto no, á sufrir una misma mujer todo el año, sin redención deste cautiverio. Tampoco osé hablar con ninguna, porque temí que luego había de pensar estaba enamorado della; y así pasé al siguiente cuarto, que era el de las casadas.

A muchas destas tenían atadas sus maridos, y así no podían ejecutar las temas de sus locuras todas veces; si bien otras quebraban las prisiones, y eran más furiosas que las libres. Muchas andaban sueltas por el cuarto, no porque estaban libres, sino porque ellas lo eran. Unas quitaban á sus maridos para dar á otros que diesen (14), y estas no caían en la cuenta hasta que se acababa el gasto; y otras fingían romerías (que en buen romance eran ramerías) por ganar la gracia de sus galanes. Una vi que sufría de su marido unas sospechas averiguadas, porque fuesen horros, y á ella no la fuese nadie á la mano (digo á nada á la mano); y otra que

daba por allí hisopeando con la cabeza, como si fuera clérigo que dice responsos. Conoci

(5) con la debida cortesía (que es la cosa que vence dejándose vencer)

(6) que, como dicen, el tiempo todo lo cura,

(7) ¿Doncellas hay aquí (dije yo, sin poner nombre á nadie)? ¡Tristes dellas! Y con razón,

(8) que son locos más fuertes y apasionados. Estaba una llorando (MS. Colombino.)

(9) locas furiosas, apasionadas y muy cerradas, que para esto no les vale—(sigue lo de la página 352, columna 2.ª, línea 12, hasta pena cuerdas). No eran estas las que hacían menos locuras—(línea 10, hasta muy peligrosas). Estaba en aquel fuerte de la casa, una llorando de una soltera:

(10) y todo de mala letra, para que haya más ocasión de leerle más de espacio, y volverle á leer con meditaciones.

(11) y como tocar á vísperas para que acudiesen todos á escuchar la acción

(12) Destas unas eran doncellas de casar y otras doncellas de servir.

(13) eran mujeres de escribanía, y así la mayor parte dellas estaban—(sigue desde la página 352, columna 2.ª, línea 16, hasta la 353, columna 1.ª, línea 11, era su mal incurable y insufrible).

Aquí no me atreví á detenerme mucho.

(14) á otras, (MS. Colombino.)

hacia sus mangas con dar labor fuera. Unas iban al baño y se manchaban, y otras al confesor, por encontrar al mártir. Algunas vengaban los pensamientos del marido con obras (1) propias, que como dice un apasionado (Juvenal, sátira 13):

vindicta
Nemo magis gaudet, quam foemina.

Y el pagarse adelantado es para ellas la mayor venganza (2). (3) Cuál estaba melancólica por la dilación de cierto efecto. A una muy amiga de su coche pregunté que por qué le quería tanto, que nunca salía del, y me respondió que porque tenía cortinas que se corrían. Pudieran muy bien (dije yo) de que no se corre vuestro marido, y ella corriendo me dejó. Entre (4) toda esta máquina no estaban las que tenían los maridos en Indias, ó andaban en comisiones, (5) porque todas vivían al fuero de solteras, y como conjuradas, no eran tenidas por miembros desta república.

El siguiente cuarto era el de las reverendas viudas, (6) locas de ciencia y experiencia. Estas estaban (7) todas muy graves, esto es, pesadísimas, y cada una daba en su tema, mas á lo disimulado, pero no tanto que encubriesen el frenesí; porque á una dellas vi que juntamente lloraba por el marido y reía con el amigo; otra muy tocada de sus tocas, y más de la vanidad, hacer grandes presentes, sin acordarse de los pasados. Muchas sin tocas (8) ni monjil, discurrir por el cuarto tan compostas, que disimularan fácilmente el ser simples con quien no las conociese; mas no faltó quien dijo eran viudas apóstatas, y que las tenía allí (á nuestro modo de hablar) la Inquisición. Otras, de bien diferente humor, estaban apostando á quién más larga traía la toca; y en algunas destas advertí que pudieran ahorrar de saya entera (9). Vi que todas las viudas (10) pasantes eran las primeras que se enamoraban, por más puntos que tuviesen, y que las (11) más mozas no esperaban á ser visitadas. Andaban por allí muchas devotas, y devotas de muchos (12) con las cuentas en las manos, cuenta con los bienes ajenos (13). Estas eran herejes de amor, y las más estaban penitenciadas con perpetuos ayunos (que también tienen cuaresma los carnales). Otras traían tocas de (14) gasa y nevadas con repulgos gordos, y su poco de moño ó copete, como antiguamente

(1) pias, como dice Juvenal (MS.)

(2) si bien todas sus venganzas son á traición, á espaldas de sus maridos.

(3) A una que vi melancólica le pregunté la causa. Me respondió que la dilación (MS.)

(4) estas no estaban las que tenían sus maridos (con la propiedad del vocablo) idos al mar y en Indias

(5) y que en lugar de volver con mas presteza que un ciervo, vuelven á paso de buey.

(6) las de ciencia (Edic. de Pamplona, 1631.)

(7) con blancos pechos de cisne, muy graves

(8) para tener más desembarazados los oídos para oír y escuchar mejor cualquier casamiento) y sin monjil

(9) y con tanta toca me pareció eran tocadas y retocadas, y más tocadas que las demas. Parecían estas por defuera cuaresmas, pero por dentro pasaba alegre, y no florida, sino granada, y para dar fruto, si ya no le habían dado.

(10) paseantes eran (Edic. de Bruselas, y de aquí todas.)

(11) mozas no esperaban á ser viejas. (Edic. de Pamplona y el MS.)

(12) en son de primos carnales en sexto grado, y

(13) y no con los que tienen en su casa, ni con los que tienen que dar á Dios.

(14) holanda y copete. Estas ya se ve que estaban ocasionadas. Otras se ponían color (MS.)

se decía. Estas ya se ve cuán ocasionadas estaban. Otras se ponían color, como si tuviesen vergüenza; y algunas se querían casar mil veces; y al fin, cada loca estaba con su tema. Eran estas, entre todas, las más insufribles; porque como había pocas mozas, y todas habían sido señoras de su casa y lo eran, cada una quería mandar, y así tenía barto que hacer con ellas el enfermero.

Cansado de tan insufribles sabandijas, pasé adelante (15) y llegué al cuarto de las monjas, que no son las que hacen menos locuras; y aunque de razon habían de ser fáciles de curar, había hartas muy peligrosas. Estaban todas detras de fuertes rejas, que para esto no les vale la locura, aunque tal vez amor ha dado dispensación; y ellas, que no conocen otro superior en cuanto les dura este mal, le obedecen sin reparar en que las ha de hacer la pena cuerdas. La mayor parte destas estaba escribiendo billetes (que su ordinario es muy ordinario), y todas jugando en ellos del vocablo, desde la cruz hasta el *Dios os guarde y sea de esos papeles por quien él es* (16). Todas las locas deste cuarto estaban hablando de noche y de día sin cesar, y algunas pensando siempre que eran muy discretas. Unas andaban enamoradas de otras muy en forma, y las paseaban, festejaban y pedían celos. Estas eran tontas, y así andaban sueltas, por no las tener por locas de perjuicio; pero lo cierto es lo eran, aunque no se les conociese bien por entónces la enfermedad. Las que tenían más devociones eran las más pecadoras, y no eran pocas, porque ninguna se contentaba con dos. Todo esto nacia de la mucha ociosidad (17); donde la hay por fuerza ha de haber grande amor, como lo sintió el Petrarca en el *Triunfo del amor*.

Et nacque d'otio, e di lascivia humana.

Y ántes que él, Séneca en su *Octavia* (a)

Amor est; juvenitá gignitur; luxu, otio

Nutritur, inter laeta fortunae bona.

Pero no se entiende mucho amor con muchos, como ordinariamente tienen estas locas, sin que tenga reparo esta treta. Había aquí quien aceptaba más libranzas que un banco (18) ginoves, ó Fúcar, con solo el caudal de su sazónado dulce. Unas (19) hacían terceras de las de los bordones, y otras tenían por bordon hacerse primas de todos, si bien toda esta música era de falsas (20). Otras hacían lo que ellas llaman (21) *trabajos* (yo colación) (22) para sus galanes; y me pareció que era bien pensado dar colación á galanes ayunos. Unas deseaban que el que era visitador no las visitase, y otras que las visitase el que no era visitador. Las menos locas se enamoraban del médico de casa (23). Estas andaban tras la (24) andadera,

(15) al cuarto de las solteras; y vi que todas andaban (sigue ya desde la página 353, columna 1.ª, línea 12 en adelante.)

(16) mayormente cuando despachan cartas de espadas para atravesar corazones y bolsas, para que los galanes respondan con cartas de oros y de copas de plata; y caso que tengan sus papeles gracias, serán de jubileo, que no se ganan sino satisfaciendo. Casi todas las locas

(17) y de tratar más con almas que con almohadas; y

(a) Verso 560, acto II.

(18) sin tener más caudal que dulce paciencia. La paciencia dejó para otro mayor hablador, y el dulce tomo. (MS.)

(19) se

(20) y así todo su trato venía á ser de cuerda, y no de cuerdos.

(21) trápagos, y yo colación, (MS.)

(22) más amarga y picante al pagalla, que dulce al comella,

(23) á quien daban recetas y remedios para sus sordas faltriqueras y bolsas opifadas; ó del cirujano, á quien también sangraban, de la vena del arca, y no del cuerpo.

(24) mandadera (MS.)

y la hacían andar (como dicen) más que de paso. Aquellas buscaban siempre locutorios prestados, que pagaban los pobres devotos, y algunas había tan rematadas, que les pedían á los suyos doseles y cera: cosa con que se suele quitar el amor mejor que con una ingratitud (1). Al fin tantas enfermas había en este cuarto, que casi me dió compasión; y aun el enfermero desesperaba de su salud, porque como todas estas eran amantes de anillo, que solo se mantenían de la esperanza (cosa que con el efeto muere al punto, el cual nunca las llegaba), era su mal incurable y insufrible (a).

Desde este cuarto pasé al de las solteras; y vi que todas andaban más sueltas que las demas (2). Eran pocas las furiosas, y esas fáciles de sanar, y me dijeron había cada día en este cuarto locas nuevas, y muchas convalecientes; y que en la *casa de los locos del interes* había muchas más destas que en la *de los de amor* (3). Algunas vi allí que se hallaran muy mejor con el cuarto, si fuera real (4), otras que desnudaban al hombre más honrado (bandoleros de poblado) por vestir al más pícaro, como el tal hubiese ganado nombre de bravo y caudal para colete de ante y daga (5) mayor de marca (6); y aunque es obra de misericordia vestir al desnudo, es obra de crueldad desnudar al vestido. Había locas de extremado humor, perdidas por un poeta, (7) y si este era cómico, rematadas, porque por lo menos las sacaba cada día al tablado en estatua, y las hacía los cabellos de oro, los dientes de perlas, y todo el cuerpo de piedras preciosas; y que tenían por gusto verse en un romance en hábitos de pastoras, y acompañar así á los muchachos que iban al mercado (8). Las perdidas por los que el mundo neciamente llama señores me cansaron grandemente, por ver no escarmentaban en tantas como infamaban cada día por preciarse mucho de publicar sus empleos, y cuán arrastradas andaban de ordinario, ya en poder de la justicia (9), ya desterradas, ya emparedadas en las galeras, ya perseguidas de las propias mujeres; y que cuando más bien medraban, paraban en un convento contra toda (10) su voluntad. Unas daban en comer barro por adelgazar, y adelgazaban tanto que se quebraban. Andaban estas más amarillas que las otras; pero ninguna como un oro. Muchas se quitaban años (11), y se daban buenos días y

(1) Las más locas eran las que estaban asentadas en su estrado, presidiendo á la chusma emperrada y faldera, haciendo fiestas á unos perrillos lisonjeros y jugueteros y halagüeños más que sus amas, adornándoles de gargantillas, cascabeles y tafetanes, con más colores que banderas de campo ó novia de aldea. «Buena fuera, dije yo, para estas llevar un saludador, para librarnos así de tanto perro, como de damas tan aperreadas ó aperreadoras.»

(a) Véase la adición 13 de la página 351.

(2) y que de puro sueltas y resucitas, habían dado en solteras.

(3) porque estas no son las que dan el placer, sino que le venden y hacen mecánico, y ellas se pasan á mercaderes y mequetrefes del deleite de Venus.

(4) y con el ducado de doce reales, que con el de mayor nobleza y pompa; y en resolución, estas á todos los hombres quieren que sean del tribu de Dan, hidalgos en dar algo, Platonos en hacerles de ordinario buenos platos. Otras vi que desnudaban

(5) de ganchos, y aunque es obra (MS.)

(6) y ser á su sombra respetada y temida de todas y de todos;

(7) aunque pobre y con más tardas que mujer preñada;

(8) y dar con que ganar á los ciegos.

(9) (cuya sombra, con ser tan pequeña como lo es la de una vara tan delgada, espanta mucho, causa grande inquietud y afrenta en la honra y menoscabo en la bolsa)

(10) voluntad, hechas esclavas ó fregonas de monasterio.

(11) y se hacían herejes dellos, sin jamas confesarios

aun mejores noches (12) si solo pueden ser las tales. Una vi que iba á un astrólogo á que la levantase una figura, y él la levantaba más de dos testimonios; otra se levantaba á ella la figura, pero con crecer los chapines. Cuál por parecer bien daba en afeitarse: esta era notable locura, pues desengañaba con lo que pensaba engañar (13). Cuál se enrubiaaba algunos días, y tal vez tanto que se la podía decir muy bien el epigrama de nuestro Baltasar de Alcázar:

Tus cabellos, estimados
Por oro contra razon,
Bien se sabe, Ines, que son
De plata sobredorados.

¡Qué dellas se ponían cabelleras ó moños, como ellas las llaman! (14) ¡Cuántas dientes, sebillos y mudas, aunque no tan mudas, que no decían á todos lo que eran! Y en efeto, algunas había tan vestidas de plumas ajenas (que se precian de pelar), que si las despojaban dellas, quedarán tan ridiculas como la corneja de Horacio. Muchas tenían (15) una madre vieja (16), aunque nunca lo hubieran sido, que mandaba hasta en la voluntad de la hija. La madre llamaba, y la hija escogía, y muy pocas destas guardaban la ley de amor, que ó las corrompia el interes ó el vicio (17). (18) Dijolo gala-

(12) Estas, de puro viejas, por más que andaban sin tocas, frunciendo la boca y bruniendo y estirando el rostro, para encubrir las quiebras (que llaman perigallos), parecían mochuelos, asaduras de rastro ó modelos de alabastro, difuntas embalsamadas, muerte del apetito, y carne hedionda de puro manida; y solo de puro vellosas podían ser alabadas de bellas. Algunas vi que con ser ya muy figuras, iban á un astrólogo, bachiller planetario, tendero de los planetas y espiador de los movimientos celestiales, para que le levantase una figura, y él la levantaba más de dos testimonios. Otras iban á que les espiese y descubriese la vergüenza que perdieron años había; y él, hablando un poco en jerigonza astrológica, les respondía que tres cosas se cobraban tarde, mal y nunca: el dinero tarde, la salud mal, y la vergüenza nunca. Otra vi que se levantaba á ella la figura, pero con crecer los chapines, porque eran mayores que banqueta de zapatero. Cuál por parecer bien daba en afeitarse

(13) y mostraba ser muy mentirosa, pues mentía no solo por la barba, sino por toda la cara; y como tan mala, daba á entender, con los venenosos colores y aceites del soliman, que quería matar más con veneno que con su hermosura. Estas, como tan pintadas, deben ser conocidas de todos por la pinta.

(14) encubridoras de la ancianidad y de la calva, que siendo su cabeza española, tiene su origen frances! ¡Cuántas se ponían dientes

(15) entre bruja y Celestina,

(16) que con tocas de viuda parecía tortuga en blancas tocas, y servía de especia de la vergüenza, y aunque nunca hubiese sido madre, mandaba

(17) y así eran tenidas de todas las otras por herejes, y que se hacían locas por librarse. Salí de aquí, y hallé á los hombres muy certa de las mujeres, que la mayor locura que tenían era no querer apartarse dellas; y esto procuraba con mucho cuidado el administrador, porque le parecía que era el primer remedio que les había de aplicar; (MS.)

(18) y así eran de todas las otras tenidas por herejes, y que se hacían locas por librarse. El amor destas era á lo gatesco, pues á todo dinero decían mio.

En este mismo cuarto estaban las que no mereciendo el nombre de damas, tienen el de fregonas: niñas fregatrices y de gusto fregonil. Y segun algunos soplonos del amor, iban estas afeitadas solo con el tizne de las ollas, pintadas al natural, en cuerpo, sin el manto soplonesco, sin el garbo y sin el trizado garbin, desgrednadas, con las madejas al desnudo, ojos socarrones, calzados á lo bellaco, la boca torcida á lo pícaro. Traía una un sayuelo pardo, señal de que sus esperanzas pararon en trabajos; una manga de lana tan justa, que me espanté que siéndolo tanto vi-niese bien á brazos tan peadores; un mandil, no blanco (que era enemigo deste color quien había sido un tiempo blanco de muchos, y ahora había quedado en blanco y sin blanca), sino de varios colores, señal de sus miserias y inconstancia. Iba er-

namente un lucido poeta desta edad, y no poco conocido de todos:

Ella dice que es virgen, y no miente,
Que el deleite de amor aun no ha probado,
Y si remeda el gusto, no le siente;
Que el interés (1), de una alma apoderado,
Adormece del cuerpo las acciones
Y tiene al apetito encarcelado.

Por esta causa pues eran de todas las otras tenidas por herejes, y que se hacían locas por librarse. Salí de aquí, y hallé á los hombres muy cerca de las mujeres (pared en medio como dicen); y esta era su mayor locura, no querer apartarse dellas, aunque con particular cuidado lo procuraba el administrador, por parecerle ser este el primer remedio que se les habia de aplicar; mas ellos despreciaban médico y medicina, y querían más su enfermedad que su salud, que como siente cierto acuchillado (Propercio, lib. 1) (a):

Solus amor morbi non amat artificem.

Y así obstinados en este error, acababan en semejante mal, y pensaban que hacían bien; y otros que (aunque es peor) van lo que hacían, y lo hacían. Así lo confiesa de sí un lisiado desta dolencia, Petrarca, en una canción:

*Quel, ch' i fo veggio, e non m' inganna il vero
Mal conosciuto, anzi mi sforza Amore.*

Y pegósele de otro que dijo de sí lo mesmo: Ovidio, 7, *Metamorph. (b)*:

*Quid faciam video: nec me ignorantia veri
Decipiet, sed amor.*

No estaban los locos en cuartos diferentes, porque las acciones de cada uno decían á quien atentamente los mirase, su inclinación, su tema y su locura. ¡Cuántos vi muy galanes y sin camisa! Cuántos con caballos para pasear y sin un cuarto para comer (2)! Cuántos que no tenían pan y no tentaba la carne! Uno iba á un discreto á que le notase los papeles, y otro le notaba que era un gran majadero. Otro quería enamorar por lindo, muy preciado de tufos y guedejas, manos blancas y piés chicos (3), siendo un Lucifer en la cara y con esfuerzo en el talle (c), sin saber que siempre quieren ellas ser las lindas de casa (4). Otro por lo valiente (gran

zapatillos, sacando al pisar airoso y menudico, por bajo del faldellín, los piés tan medidos como los de Virgilio; y así eran para causar envidia á toda la musa poética. Verdad sea que los zapatos no eran, aunque pulidos, muy pequeños, porque hacen callos, y sienten las mujeres que ni aun por los piés las hagan callar. Estas son las que en oyendo en las puertas basura, dan espuestas; y saliendo por las calles con su sayuelo y corpiño, por hablar con su deleite; dejarán llorar un niño todo el día; y entre puerkas y mujer, bajan al río á lavar más gualdrapas que un esclavo, haciendo de la muñeca barreno, cantando como un carro de bteyes bien cargado en el estío.

Consideré todas las deste cuarto; y temiendo no me sucediese lo que á los jugadores de ajedrez, que á veces les dan mate de caballos, me salté de aquí casi huyendo. Y hallé á los hombres muy cerca de las mujeres (pared en medio

(1) del gusto apoderado, (*Edic. de Sancha, 1791.*)

(2) Lib. II, elegía 1, vers. 60.

(3) Vers. 92.

(4) y despreciados de sus damas por no poder acertar á darles gusto, andando con tantas herraduras y locuras, que destos se podía decir: ¡No hay hombre cuerdo á caballo!

(5) con zapatos romos, grandes encubridores de juanetes y sobrehuecos, teniendo ellos más que un mal casado.

(c) Acaso en el original diría: *y un escuerzo en el talle.*

(4) Destos uno vi que de puro haber tenido los bigotes en pena y enfrenados toda la noche con su bigotera, como si fuera braquillo ó gozque, y siendo peor que macho, que este no duerme con

personaje del trago y la tabaquera), no considerando que las más son (5) medrosas. Unos vi que salían de noche á no más que á salir de noche (6); y otros que se enamoraban porque van á otros enamorados. Este iba á todas las fiestas á enamorarse, haciéndolas días de trabajo, y aquel andaba de casa en casa, como pieza de ajedrez, sin poder nunca coger la dama. Unos decían más que sentían, y otros sentían y no decían palabra. A estos locos mudos tuve gran lástima, y les aconsejara yo que se enamoraran de (7) unos adevinos; mas como los locos nunca oyen (8), no les dije nada. Los desvanecidos (9) se enamoraban de personas tan altas, que nunca las alcanzaban. Destos hay muchos en palacio, galanes obligados á enamorar las mejores damas, sin más caudal que sus cuerpos gentiles (10), y cual ó cual faltilla personal que se les ve á tiro de arcabuz. Los desconfiados (gente de juicio y seso, y por la mayor parte necesitados) se pagaban de mujeres tan bajas, que los dejaban alcanzados. Vi á los liberales, que hacían todos los días larguezas, que no las daban ni aun gusto; y á los lacerados, que hacían todos los días de guardar, sin dejar holgar ninguno.

Los casados andaban todos con esposas; pero pocos por eso ménos furiosos. Unos destos, huyendo de sus mujeres, daban en las ajenas, y otros se hacían bravos porque los sufriesen; si bien algunas veces se hallaban engañados, y en lugar de leones fieros quedaban hechos mansos corderos (11); otros tenían por amigas las

freno, los traía á las estrellas, y el sombrero con la falda grande le servía como de dosel. Casi todos andaban ya con platillos y valonas al uso y azules, con que parecían sus cabezas y caras imágenes de milagro presentadas en un plato azul, y como hombres de vidrio metidos todos dentro de valon, jubon y mangas, todo muy algodonado; y algunos destos iban tan disformes, que parecían preñados. Los más se acogían al sagrado de la pobreza, que es el vestido de bayeta, que como tan valiente no admite guariciones, cuchilladas ni prensaduras. Uno destos habia que me dió gana de reír, porque siendo un Narciso enamorado de sí mismo, y tanto que á veces, despues de haberse bien mirado (que era como gozarse á sí mismo) se volvía á querer abrazar su misma sombra; y así, como casado consigo mismo, decía que no tenia que casarse con mujer ninguna: imaginábase tal, que le parecía que hasta las aves se paraban á lo mejor de su vuelo á mirarle, de puro enamorado dél; y porque pasando un día por una calle, encontrando acaso una mula de un doctor que mascando el freno, babeando y echando espuma, gruñendo y orejeando volvió la cabeza hacia él, dijo á su criado: «¿No has advertido cómo hasta las mulas me miran con rostro y ojos tiernos y alegres?» Otros habia que querían enamorar por lo valiente, grandes personas del trago y tabaquera

(5) melindrosas, y que celebrando cuando mucho ellas las cuchilladas desde las ventanas, ellos se quedan con las espadas, y ellas con los oros y escudos. Muchos destos traían sombrero alorza que ellos llaman gabion de la cabeza con faldas grandes, encubridoras de los chirlos dados en la cara más que en otra parte; que á quien dan no escoge. Uno destos vi, que queriéndole otro obligar á reír, dijo que tenia devoción de no reír tres días en la semana, sin señalar cuál; y así, volviendo la espada en espalda, dijo que iba por cólera para poder reír el día que no contradijere al de su devoción.

(6) hechos unos murcélagos ó un traslado de brujos; si bien otros, conformándose con la noche, que llena de lunares y pecas era por su oscuridad peccosa, en ella salían no más que á pecar. Otros vi que se enamoraban

(7) unas adivinas (MS.)

(8) mayormente consejos

(9) sintiendo que el amor es como rayo, que hiere á lo más alto,

(10) y no paganos,

(11) y se consolaban con decir que el marido debe ser de su mujer amado más que temido. Destos habia muchos que hacían todo lo que querían sus mujeres, y ellas tomaban de aquí ocasión y licencia de no hacer cosa que sus maridos desearan. Decían estos que la mujer es como la paja, que si la dejan en el campo y en su

amigas de sus mujeres, y algunos por comadres á las madres de sus hijos (1).

natural, en los pajaros, se conserva con agua y con los vientos; pero si en algun aposento quieren estrecharla, rompe las paredes; y así, que no habian de sacar dellas más de aquel zumo que quieren dar de sí, como la naranja, ó ha de amargar sin ser de provecho.

(1) Uno, que debía de ser mal casado, decía que «no habia cosa más cansada que mujer á todas horas, puntos y momentos; y así era peor que la enfermedad: que esta se quita á veces con medicina, y aquella solo con la muerte. Yo estoy bien con los que llaman al casar velar, y al marido velado; porque no hay cosa que tanto desvele y quite el sueño como la carga del matrimonio, que yo tengo por carretada. Un lugar hay en Castilla que se llama el Casar, que solo por el nombre nunca quise pasar por él; porque quien pasa por el casar pasará por todo. Gusto me daba el oír á este, considerando lo que pasa entre maridos y mujeres; y no pude dejar de decirle que considerase que los miembros de los cuerpos de los casados son los mismos de la Iglesia, cuya cabeza es Cristo, y la de la mujer el marido; y que su estado le carga Dios sobre sus hombros, dándole allí una compañera que le ayude á sustentar aquel grande peso. Y en resolución, no se multiplicara el mundo si no fuera por la mujer, y que lo propio siempre se ha de amar más que lo ajeno, y es muy grande locura sembrar en tierras ajenas. Los gustos de la propia mujer son como los de Midas, que cuanto tocaba se le convertía en oro, y jamas el oro enfadó á nadie ni dió disgusto. Ademas que si los hombres sufren á un amigo necio, un grave dolor ó una perpetua enfermedad, ¿harán mucho en sufrir una mujer, que viene de la mano de Dios, y que será buena si la escoge más el oído que la vista? Mayormente que hoy día el ser malas algunas es por culpa de los maridos, que no les dan lo que han menester conforme á su estado, y mujer pobre y necesitada dice el refrán que es medio conquistada; y marido que no provee su casa, desprovee su honra; y quien ve marido amancebado, se atreve á su mujer como á casa desierta. Verdad es que muchos toman el matrimonio hoy día para profanar el sacramento, y dejan tirar la carga para cargarse con la soga y ahorrarse con ella. Pocos he visto que hayan tenido la reverencia que se debe á tan alto misterio, que las voluntades sean unas, como la carne; iguales en el sí, unánimes en el no; tan sabrosos el uno al otro en los trabajos como lo están en los gustos, tomando asidero que son desiguales por la calidad, cantidad y verdad. De donde saco (hablando con el decoro debido á los privilegios deste sacramento, humillándome á la corrección de nuestra madre la Iglesia) que los matrimonios que hoy se usan son un contrato de venta real, pues no se trata en ellos otra cosa que de venderse, y comprar el marido á la mujer ó la mujer al marido, para que despues ella vuelva á vender, y engañar el uno al otro, quedando despues de casados como pared sin tapiz, mostrando cada uno las faltas, defectos y fealdades. Y así fué gracioso el caso que sucedió á dos novios, que diciendo él al acostarse: «Mi alma, ya somos uno los dos: la verdad es que estos dientes que traigo son postizos;» respondió ella muy ufana y contenta: «Mis ojos, no importa, que también traigo esta cabellera postiza.» Todo lo dicho se entiende donde no hubiere verdad ni contento; que como es instrumento para defenderse del sol, para hacerse lunas (a); fórmase con él la destrucción de la casa, la disminución de la honra y fama con aumento de gustos y contrapeso de disgustos. Y como el mundo está lleno de uno y otro, pásase todo, y llevamos no solo las personas, pero aun los sesos, como á mal sazonados. Y así estoy yo bien con mis juveniles años, y esos apartados de compañía perpetua y apesurada; que cuando quiera gustar con mi poca gracia y cuerpo de lo que gozan con uno y otro los que viven sin este yugo, no tengo miedo de mi cabeza, sino de mi alma; que lo uno se cura con el cura en la confesion y en vida, y lo otro con sola la muerte propia, ó extremaucion de la ajena. No quiero mujeres de mucha vida ni de muchos días, porque son de la piel del diablo, y la más simple dellas engañará un colegio de Catones. ¿Quién me mete á qué con la señal de la paz del cielo siga del suelo la guerra? Porque son de tal calidad de condicion, que si no las amais, os tienen por necio; si al contrario, por liviano; si las dejais, por cobarde; si las seguis, por perdido; si las servis, no lo estiman; si las estimais, os aborrecen; si las queréis, no os quieren; si no las queréis, os persiguen; si las frecuentais á mendro, os infaman; si no las frecuentais, sois ménos que hombres. Mas digo, que por lo que hoy se pasa, más vale el humilde título de esclavo que la boria de marido. ¿Queréis ver? Mirad lo que cuenta un

(a) Gongorismo insoportable de Vánder Hámmen.

Los viudos, escarmentados de la tempestad pasada, buscaban puerto á la puerta de quien los queria acoger, y muchos se casaban por el tiempo de su voluntad (2).

Los solteros acudían á todas partes (3). Aquí se enamoraban, allí (4) pedían celos, aquí se los daban, allí se los quitaban. Mil pelones vi con pluma y mil desdichados con venturones. Unos concertaban mil desconciertos, y otros (5) iban á la casa de la gula y á la de la lujuria (6). Entre tantos, lo que me admiró fué que nin-

grave autor, de una pregunta hecha de un sabio á otro: que cuándo era bien casar el hombre. Le respondió que cuando era mozo era temprano, y que cuando viejo era tarde. Otro dijo mejor, que cuando vió una buena mujer fué cuando la vió ahorcada de un árbol de manzanas, porque le pareció entonces buena fruta, y que pagaba bien y en breve el mal que de tan largo tiempo teníamos. ¡Pesia tal con las tales ó con el mundo que las sustenta! ¿En qué ley cabe seguir tantas sinrazones, que siendo fea la tenga de aborrecer; si rica, de sufrir; si pobre, de mantener; si hermosa, de guardar, porque no sabe tener modo en el amar ni dar fin al aborrecer? Y así, no me maravillo de aquellos dos divinos filósofos, cargados de años, ciencia y experiencia, diciendo el uno que no se queria casar temprano, porque debía esperar á que supiese más del mundo; y otro le respondió que se engañaba, porque si conociese qué es la mujer, nunca se casaría. Dejo mil atexaciones y comparaciones, y no quiero más de lo que dijo Platon haciendo plato á un su amigo: que la mujer era como la yedra, que arrimada al tronco se sustenta verde y fresca, y apartada se seca. Más dijo, que corrompe y arranca la pared que acaricia y abraza. Perdóne todo el estado mujeriego desta humilde comparación y de las otras. Y porque no deseen el fin de mi vida y de las que haré adelante con ella y ellas, digo, por no dejarlas con disgusto, que no hay regla sin excepcion (b); y de las susodichas siempre se hallarán algunas, y muy pocas, que siendo dulces el alma y cuerpo, digan como la mujer de Marco Aurelio: «La que es de buena vida no ha de temer al hombre de mala lengua;» ofreciéndome en penitencia cerrar la mia á las suyas, porque morriéndola, no digan dos veces esta sentencia. Volví la cabeza, y vi los viudos y muchos dellos, escarmentados

(2) Otros habia que, sacando los cuerpos vestidos de *requiem* enlutado, tenían las almas llenas de alegría aleluyada; y estando aun caliente la cama y no enterrada la mujer, tenían concertada otra, ó á la que antes habia sido su amiga (que de puro orada y arada, deseaba serlo con él); y como dolor de mujer muerta dura hasta la puerta, y aun no tanto, el día siguiente amanecía otra vez casado con una niña de oro ó doncellidueña, más festejada de noche que de día, y en secreto para tenerla en público. De oro digo, pues la tomó más en cuenta deste metal que de mujer, pensando le serviría de Indias, sucediendo tan al revés, que antes de su desposorio se gastó lo que ni fué, ni nunca pudo ser, ni será. Destos diría yo que más aborrecen que aman; que habiendo huido una vez de la muerte, vuelven á ella (que tal es el matrimonio, pues solo con la muerte se deshace); que les maten en vida con las armas de Moisen, ó darles fin á los extremos de la suya con los de la luna, ó hacer como á los ladrones, que les cortan las orejas la primera vez, para que volviendo á hurtar, sean sin más informacion ahorcados. Lo mismo habia de hacerse con los viudos otra vez casados, pues al cabo una buena cabra, una buena mula y una mala mujer son tres malas bestias.

(3) y eran de gusto, más estragados que Ginebra, y como otro Galaor, que dicen que no veía mujer que no le agradase, excepto las pintadas.

(4) se aborrecían y acullá

(5) andaban de la casa de la gula á la de la lujuria, y ninguno negaba que estaba loco, (MS.)

(6) Estos más me parecían bestias que hombres; y así andaban los más dellos con muletas y á cuatro piés, y de puro carnales habian quedado sin carne, flacos, macilentos, medio muertos, sus rostros como pimientos, y sin narices como figuras de mármol muy antiguas; al fin, hediondos y podridos y hechos un Lázaro en la sepultura; y así se pudiera muy bien preguntar á las mujeres: «¿Dónde los habeis puesto, que tan desfigurados están?» Y solo, como tan apestados, podían servir para echados en el mar á dar ponzoña á los peces.

(b) Efectivamente, si todo el discurso estuviese escrito así, tenía razón don Nicolás Antonio: en nada se parecería al genio ó ingenio de Quevedo.

gano negaba que estaba loco, y no por eso lo dejaba de estar.

Los más músicos gastaban sus cuerdas con muchas locas (1). Los más poetas (2) hacían sus coplas á quien les hacía la copla. (3) Los más gentilhombres hacían sus diosas á quien eran odiosos, y los más discretos decían sus dichos á quien publicaba sus desdichas.

Andaban los aficionados por doncellas rondando calles de día, contemplando ventanas de noche; unos hablando criadas porque los admitiesen por criados, otros cohechando dueñas porque los hiciesen dueños; llenas las faltriqueras de papeles, y los sombreros con más cordones de cabellos, cintas y anillos de azabache que tiene un buhonero. Loco había destos que no había hablado á su señora palabra, ni la podía ver sino tal y tal fiesta del año, conviene á saber, noche de Navidad, de Juéves Santo, de San Juan y la Porciúncula. (4) A unos los entretenía una criada seis años con papeles de su letra, sin que ellos entendiesen la letra, valiéndose con ellos como si fuera de cambio (5).

(a) Los locos de casadas se preciaban de recatados, mas no por eso hacían menos locuras. Los más eran amigos de los maridos, y los menos se guardaban mucho dellos, ó porque ellos no vian, ó no querían ver; y así, raros eran los que morían deste mal. Estos, ó daban meriendas en huertas, ó prestaban coches ó aposentos de

(1) y en cantar romances con estribos, como si anduvieran de camino; y lo más era siempre cantar mal y porfiar; y basta un músico pobre á hacer huir á las mismas estrellas del cielo, mayormente si es enfadoso en el templar; que quien tal sufre, sufrirá primero diez melecinas sin haberlas de menester.

(2) locos también dos veces

(3) Destos había muchas sectas. Andaban casi todos, de puro hambrientos, comiéndose las uñas; y finalmente, de puro pobres en todo, daban en ser poetas de rapiña, invocando por momentos las musas para consonantes, y ellas á gente tan pobre ni aun querían escucharla, cuánto más responderles. Otros habla que muy en forma se ponían á vituperar cuantos versos sabían de los mejores y más celebrados poetas. A uno ói que haciendo mofa de aquellas tan celebradas líras:

Aquí lloró sentado tristemente;

decía:

Poeta impertinente,
¿Qué hombre hay que lllore alegremente?

No pude detenerme en escuchar más, porque había por allí terriblemente á meados, y era porque, yendo unos destos á beber á la fuente del Parnaso, las musas, pensando hacerles algún favor, se orinaron en ella cuando estaban con su asquerosa regla. Y así, me divertí á mirar los más gentiles hombres, que hacían sus diosas á quien eran odiosos, y los más decían sus dichos á quien publicaba sus desdichas.

(4) Y el que más podía alcanzar era hablar por señas como si fuera mudo; y mascando una esperanza escabechada, estaba como bestia enfrenada en el pesebre, con la comida delante y amancebado con solo su deseo.

(5) Entre estos vi uno más triste que un pajar cuando anochece; y con razón mostraba haberlo sido boquirubio y poeo ó nada currido, porque teniendo cierta ocasión de poder tener por suya la que ya era de otro, parando en ciertos respetos, y temiendo no diese ella voces, (1) le dejó ella por un asno enalbardado (que ni silla merecía); le envió á decir que bien podía, si no fuera tan necio, haber advertido, al preguntarla de su salud, que le dijo estaba ronca y que no la oían de aquí allí. No había cómo consolarle, porque si bien le dije que el remedio era olvidar, decía que era verdad, pero que luego se le olvidaba el remedio. Tenía esta ocasión de estar triste, pero no razón, porque se tuvo la culpa.

(a) El párrafo de los locos de monjas se halla antepuesto al de los locos de casadas y de viudas, en la edición de 1648, y de allí en todas las posteriores.

(1) Faltan algunas palabras para completar el sentido. Pudieraarse de este modo: «y temiendo no diese ella voces, la dejó; y ella á él por un asno, etc.

comedia, que para el señor marido no faltaba una amiga que (6) las llevase; y siempre ellos eran unos buenos hombres y lo creían todo.

De locos de viudas había dos géneros: ó que eran queridos, ó que no lo eran. Estos libremente pretendían cautivarse, y aquellos tenían amor sin temor, si no era, cuando mucho, de (7) cualquier pariente ó hermano. Pasaban su carrera á rienda suelta, y eran locos desenfrenados.

Los (8) de monjas tenían mucho de necios ó algún poco de virtuosos, pero á unos y á otros los llamaban los demás (9), zánganos de amor. Unos estaban muy de veras enamorados, y otros iban siempre á misa á la iglesia del tal monasterio, que es lo que hay que desear en género de locura. Todos pasaban grandes desdichas, ya agradando á las viejas de casa, (10) y á las freilas sargentas ó donadas que las servían, ya sufriendo una cruel tornera, ya en el torno la espuerta de las lechugas, las alcuza del aceite y la cesta de los jarabes y purgas. A uno vi (11) señalados los hierros del locutorio, y otro aquí tan perdido, que se pudiera decir dél, lo de Aben-hámar:

A los hierros de una reja
La turbada mano asida.

Todos los locos de solteras eran muy apasionados desta enfermedad, aunque algunos de otras que suelen doler más, y aun hacer astrólogos á sus dueños. Los más destos eran mocitos, hijos de vecino, cascabelillos, y luego se metían á pendencieros. Otros conquistaban con amor y dinero, y estos raras veces dejaban de vencer, porque peleaban con armas dobles, y para estas señoras las armas más fuertes y poderosas son las de (12) Felipe, rey de España (13). Los extranjeros gastaban sus haciendas, por no temer quedarse en cueros; los naturales se reían dellos, y ellas de unos y otros.

Con este último género de locos rematé las diferencias que pude ver por entónces, y cuando más descuidado caminaba para otro cuarto, me hallé sin pensar en el primer patio, donde vi nuevas maravillas. Vi que por horas se aumentaba el número de los locos. Vi al Tiempo ponerse en medio de algunos amantes, y que ellos se iban mejorando. Vi á los Zelos castigar á los más confiados. Vi á la Memoria renovando llagas viejas, al Entendimiento encerrado en un aposento oscuro, y á la Razon con una venda en los ojos. Divertíme algún tanto en esto; mas cansada la vista de tanta atención, volví á un lado, y vi un postigo muy pequeño, que apenas se podía salir por él, y que la Ingratitud y Sinrazon daban por allí libertad á algunos. Yo, por gozar de la ocasión, apresuré el paso, pretendiendo ser de los primeros, á tiempo que mi criado estaba á grandes voces llamándome, porque era ya muy entrado el día. Con esto volví en mí y me hallé en mi cama, pero con algún pesar de haberme quedado en la casa de los locos, si bien con gran conocimiento de que amor y sus vasallos es todo locura; y confieso á vuesa merced que por lo que

(6) lo llevase;

(7) algún pariente, hermano ó primos. Pasaban

(8) locos

(9) los locos zánganos

(10) ya á las mozas que las sirven, ya sufriendo una cruel

(11) la frente señalada con los hierros de un locutorio;

(12) Felipe (MS. Colombino)

(13) y los mejores vestidos son los de seda, porque se da á ellas.

ahora veo más despierto, doy crédito á lo que entónces vi. Toda esta locura conocieron maravillosamente los antiguos, y muy bien Plauto cuando dijo in prolog. Merc.:

*Sed amor accedunt etiam haec, quae dixi minis,
Insomnia, aerumna, error, terror, et fuga,
Ineptia, stultitiaque adeo, et temeritas,
Incontinentia, exors immodestia,
Petulantia, cupiditas et malevolentia;*

y Séneca:

Amor formae rationis obivio est, et insaniae proximus;

y (1) muchos más, que vuesa merced habrá leído y sabrá

(1) otros

(a) Restituido el texto á su sér primitivo, ¿podrá ya desconocerse y confundirse qué es de Quevedo, y qué de ajena pluma? Las reflexiones escolásticas, las adiciones pedantescas é importunas, los soccos chistes, la confusión que el trastorno de períodos y párrafos enteros introdujo en el discurso, han desaparecido. Ahora se muestra el plan claro, lógico y desembarazado: los caracteres

mejor; con que se puede confirmar por cierta la imaginación de mi fantasía.

De vuesa merced servidor y amigo. — El doctor Cebrían de Amocete (a).

ostentan valiente dibujo, libres de los churriguerecos adornos con que los estropeó Vánder Hámmen; y á la vez que serán siempre inagotable minero para los ingenios que cultivan con generoso ardor el arte dramático, presentarán un testimonio eterno de que es en todos siglos y regiones el mismo el corazón humano.

En lo añadido vense alguna vez pinceladas brillantes, felices pensamientos, retratos de maravilloso parecido: á otras obras de don Francisco pertenecen, á buenos romances, á comedias de aquel tiempo. Las fregonas, descritas con peregrina ligereza, verdad y gracia; los lindos y galancetes; el oro de estos versos:

Siendo el remedio olvidar,
Se me olvidaba el remedio;

la pintura de la condición de las mujeres, los inconvenientes del matrimonio, y otros rasgos, no confrontan con las sandeces de las musas y poetas, y se salen de los indigestos períodos que los rodean.